

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

Año XIII, n.º 12, vol. 3. Lima, diciembre de 2020.



PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

PLESIOSAURIO
Primera revista de ficción breve peruana



Lima - Perú

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

Año XIII, n.º 12, vol. 3. Lima, diciembre de 2020.

- Dirección** : Rony Vásquez Guevara
- Edición y diagramación** : Dany Doria Rodas
- Editora invitada** : Geraudí González
- Imagen de carátula** : *Dibujar la mañana*, de Julia Otxoa
(www.juliaotxo.net)

© Centro Peruano de Estudios de Minificción (Cepemin)
Calle José Corbacho 383, urb. Santa Luzmila, primera etapa, Comas
WhatsApp: +51997254851
Web: revistaplesiosaurio.wordpress.com
E-mail: plesiosaurio.peru@gmail.com
Facebook: www.facebook.com/RevistaPlesiosaurio

ISSN 2218-4112 (en línea)

Incluye vols. 1 y 2.



Hecho en Perú – Piru llaqtapi ruwasqa – Made in Peru
Todos los textos son de pertenencia exclusiva de sus autores.

ÍNDICE

Presentación / Rony Vásquez Guevara	9
Apuntes brevísimos sobre la minificción en Colombia /Geraudí González	11

MUESTRA DE MINIFICCIÓN COLOMBIANA

Guillermo Castillo	19
Rafael García Z	23
Álvaro Mutis	28
Hugo Hernán Aparicio	31
Orlando Mejía Rivera	35
Jaime Lopera Guitérrez	39
Bibiana Bernal	44
Nana Rodríguez	47
Camilo Garavito	51
Cristian Garzón	56
Javier Tafur González	59
Umberto Senegal	63
Guillermo Bustamante Zamudio	67
Guillermo Velásquez Forero	73
Jorge Osbaldo	77
Pablo Montoya	81
Luis Fayad	85
Maribel García Quintero	90
José Chalarca	94
Fabio Martínez	97
Colombia Truque Vélez	102

Luis Fernando Macías	107
Luis Vidales	111
Manuel Mejía Vallejo	115
Aliex Trujillo	119
Harold Kremer	123
Juan Carlos Céspedes Acosta	128
Triunfo Arciniegas	132
Juan Carlos Moyano Ortiz	135
Evelio Rosero	139
Nicolás Suescún	143
Esteban Dublín	147
Darío Jaramillo Agudelo	151
Gabriel García Márquez	155
Antonio Coyotes	159
Luis Ignacio Muñoz	163
Rubén Darío Otávalo Sepúlveda	167
Alejandro Cortés	171
Henry Ficher	175
Gabriel Pabón Villamizar	180

Presentación

Un número dedicado al microrrelato colombiano no estaría completo, sin duda alguna, con la ausencia de sus exponentes. Recordemos que el circuito literario se forma principalmente de escritores, editores e investigadores. *Plesiosaurio. Primera revista de ficción breve peruana* se ubica, en esta trinidad, en el grupo de los editores; nuestras editoras invitadas, Gloria Ramírez y Geraudí González, forman parte del grupo de investigadores. Y los microrrelatistas escritores colombianos, ¿dónde podrían estar?

Para ello, el volumen 3 de nuestra revista se dedica exclusivamente a mostrar un panorama escritural del microrrelato colombiano actual, cuya compilación y selección estuvo a cargo de la investigadora Geraudí González. De esta manera, esta antología nos permite acercarnos no solo a las voces conocidas del microrrelato colombiano, sino también a aquellos nuevos narradores brevísimos que poco a poco empiezan a encontrar su propio estilo y a ganarse un espacio en el microrrelato del país cafetero.

Bienvenidos al microrrelato colombiano actual.

Rony Vásquez Guevara
Director

Apuntes brevísimos sobre la minificción en Colombia

La brevedad no tiene fronteras geográficas. Cualquier idioma puede apropiársela y reinventarse múltiples maneras lingüísticas de abordarla. En esos menesteres, la lengua española ha llevado la batuta. La minificción, el microrrelato, el minicuento, o cualquier nombre que se asuma como texto brevísimo, ha encontrado en la lengua de Cervantes su mejor morada. Así pues, tenemos en Hispanoamérica una fuente riquísima de estos textos literarios que han sido producidos por autores noveles y autores de trayectoria. En este sentido, Colombia no ha sido la excepción.

Aunque suene a lugar común, hacer una muestra bien sea antológica o más pequeña —como en este caso— no es asunto tan sencillo pues se corre el riesgo de dejar de lado textos maravillosos o, en todo caso, autores que merecen ser nombrados en estas selecciones. No es una disculpa; es la declaración expresa de quien ha hecho esta pequeña muestra de autores y textos del género breve de una nación que ha dado una cosecha importante al respecto, pero que, por razones prácticas, no pueden mencionarse todos y cada uno de los autores colombianos que han escrito dentro del género.

Algunos de los autores seleccionados probaron las mieles de la brevedad en alguna oportunidad, con talento pero sin detenerse mucho en estos textos; mientras que otros han hecho de la mínima expresión un camino recorrido. Y justamente es indispensable mencionar a uno de los más importantes autores y estudiosos de la minificción, y a

quien era muy necesario incluir: Guillermo Bustamante Zamudio. Este autor caleño ha sembrado una cosecha muy productiva en torno al género minificcional, no solo en el ámbito de la creación, sino también en el campo editorial y de estudios del género. Me atrevería a afirmar que Bustamante representa actualmente un nombre fundamental dentro de la minificción colombiana. El autor caleño, junto al no menos destacado escritor Harold Kremer, ideó una de las antologías que más resuena en el ámbito de la brevedad colombiana: *Antología del cuento corto colombiano*, publicada en 1994 por la Universidad del Valle.

Hablar de Guillermo Bustamante y Harold Kremer es voltear la mirada hacia la publicación periódica de minificción más importante de Colombia y una de las más destacadas de Latinoamérica: me refiero a *E-kuóreo. Revista de minificción*. Y con ello, por supuesto, pensar en su historia, sus inicios, cuando ni Kremer ni Bustamante tuvieron remota idea del alcance de esta publicación. Así pues, las ideas que florecen al calor de la juventud suelen nacer con la fogosidad y el ímpetu propio de esos primeros años y, en muchas ocasiones, ese mismo frenesí termina por obstaculizar la prosecución del proyecto nacido bajo esas ideas juveniles.

O por el contrario, el frenesí va degradando a la serenidad propia para enfrentar con madurez la consolidación del proyecto en cuestión. Intuyo que algo así ocurrió con la revista *Ekuóreo*, cuando, en sus años juveniles y estudiantiles, Guillermo y Harold sacaron a la luz esta publicación por primera vez en Cali, Colombia, (tiempo después, se suma al comité directivo el escritor Henry Ficher, quien también es un gran minificcionalista). No imaginaron entonces que ese arrebatado deseo de publicar minicuentos se mantuviera cuarenta años después. Aquellas palabras iniciales: «con semejante nacimiento: una hojita blanca a máquina por ambas caras, 100 ejemplares, de circulación universitaria, ¿qué destino podría tener sino el éxito?, pues,

peor de lo que ya es, no podría irle»¹, han quedado sin efecto, y se han revertido como la publicación de minificción más importante de Colombia y una de las más reconocidas de Latinoamérica. Maestros del género han hecho reconocidos comentarios y referencias acerca de la labor de *Ekuóreo*: Edmundo Valadés, Raúl Brasca, Violeta Rojo, entre otros. *Ekuóreo* es, según Brasca, «una mítica revista literaria colombiana, la primera en Latinoamérica dedicada exclusivamente a la minificción»².

Por supuesto, es impostergable mencionar al investigador y docente universitario Henry González Martínez, quien fue un notable profesor investigador en la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, además de tener autoría y coautorías en diversos artículos y libros acerca de la didáctica del minicuento, o la minificción. Su quehacer incansable en la educación literaria dejó un legado esencial en los estudios de la minificción, especialmente dentro de la didáctica de la literatura. Uno de las antologías más importantes recogidas hasta ahora es precisamente *La minificción en Colombia*, compilada por González Martínez, entre otras publicaciones relevantes de la literatura y muy especialmente de la minificción.

Asimismo, es importante destacar a la autora Nana Rodríguez, por ejemplo, quien, además de la escritura poética, ha dejado un trabajo relevante en la escritura, el estudio y la historia del género breve dentro de la literatura colombiana. Es precisamente el estudio crítico que esta autora realiza en torno a la minificción colombiana —y que resulta indispensable mencionar— que, si bien no es ni de cerca un estudio exhaustivo de la minificción colombiana, al menos pretende ofrecer a los lectores un acercamiento a este género en la literatura de Colombia. Así pues, en ese primer contacto, encontramos a un autor que, siendo poeta en

¹ *Ekuóreo*. «El comienzo de la historia». Web. <https://minicuento.es.tl/Eku%F3reo-1.htm>

² Raúl Brasca. *Dos veces bueno* 3. Buenos Aires: IMFC, 2002, p. 5.

1926, resulta ser el precursor del género en Colombia: Luis Vidales. Durante estos años encontramos textos de Vidales que hoy son incorporados también en la familia del género breve.

Señala Rodríguez, en el año 2009, en su trabajo sobre la minificción colombiana, que la producción ha sido más bien una suerte de diáspora, «recogida la mayoría de las veces en revistas, periódicos, antologías y publicaciones marginales»¹. Ahora bien, considero que en estos once años transcurridos desde aquel momento, la producción de textos minificcionales no solo ha aumentado, sino que me atrevería a afirmar que el género ha ido ganando un terreno importante en su difusión dentro del territorio literario. Sin embargo, la experiencia vivida durante dos años en Bogotá, de quien ha hecho esta selección y escribe estas líneas, indica que aún queda un largo camino por transitar en estos parajes breves en Colombia: convertir estas veredas en amplios caminos para un género que, sin duda alguna, tiene aquí estupendos representantes.

En este sentido, el panorama refleja que hay gente haciendo su parte al respecto, no sólo desde la escritura, sino también desde la promoción y difusión que acortan las distancias entre la minificción y los lectores. Justamente una de las editoriales que en el año 2006 se embarcó en los derroteros de la brevedad fue Cuadernos Negros Editorial, de la Fundación Pundarika, dirigida por Bibiana Bernal y Umberto Senegal. Aunque el espectro de publicación de este sello ofrecía dentro de sus colecciones títulos de poesía, narrativa, ensayo y literatura infantil, fue la minificción el género que marcó la pauta dentro de sus títulos publicados, lo cual permitió descubrir autores que incursionaron en esta forma literaria, bien sea ante la oportunidad que ofrecía la editorial o bien porque ya tenían un camino hecho en la escritura mínima.

¹ Nana Rodríguez Romero. «El minicuento en Colombia». *Literatura: teoría, historia, crítica*. n.º 4. Bogotá, 2002, p. 293.

Asimismo, Cuadernos Negros Editorial asumió también la publicación de títulos sobre el estudio de la minificción, no sólo desde los autores colombianos, sino también desde la mirada de grandes maestros y estudiosos apasionados del género como la venezolana Violeta Rojo, el argentino Raúl Brasca y el mexicano Lauro Zavala. En resumidas cuentas, la editorial hace honor a lo que plantea desde sus orígenes: promover autores en ediciones de formato sencillo y a un costo accesible para los lectores.

Los temas recogidos en esta selección para *Plesiosaurio* son variados; también las formas adoptadas en cada texto. La selección no está regida por alguna pauta en particular; la aparición de muchos de los textos obedece al gusto particular de quien los compendia y a la facilidad o dificultad para encontrar algunos textos y/o autores. Es por ello que están presentes esas características que enmarcan a estos textos breves, llamados también microrrelato, minicuento, cuento corto, minificción, etc. Es evidente que la brevedad extrema, el carácter híbrido y proteico son rasgos que llevan la dirección principal, pero también existen otros rasgos que se pueden hallar en este género como el humor, la intertextualidad, el carácter metaficcional, la elipsis, la ironía, entre otros, que también forman parte del conjunto de textos breves que representan este género en Colombia.

Por tal razón, las voces de la minificción colombiana son como el género mismo: múltiple, vasto, diverso y con un futuro que se muestra prometedor. Sin duda, el auge de la tecnología y las redes sociales también sirven de puente importante para promover y difundir el género minificcional desde algunas organizaciones, colectivos y publicaciones periódicas que han surgido en distintas partes del país, con lo cual se demuestra que el entusiasmo por el género traspasa las fronteras de la capital. Es el caso, por ejemplo, de *Alebrijes Nariño*, primera revista especializada en minificción del sur de Colombia, así como de otras instancias que trabajan en pro del género más breve.

Por otra parte, la temática es amplia y se pasea por el contenido social, pero no se queda allí; como bien lo señala Nana Rodríguez en uno de sus ensayos, la minificción colombiana hace uso también de los recursos heredados de los grandes representantes del género: Borges, Monterroso, Cortázar, atendiendo además a otros elementos de orden estético que han enriquecido la producción literaria colombiana (la ironía, la presencia de otros géneros, especialmente de la poesía, etc.), sin que por ello se desligue de su condición latinoamericana y, muy especialmente, del contexto social y político colombiano.

Finalmente, y sin ánimos de justificación, creo que las ausencias de autores en esta selección me van pesar, pero por otra parte considero que es una excelente oportunidad para hacer notar lo que Colombia tiene para mostrar en el mundo de las ficciones breves. Pasen y disfruten...

Geraudí González

MUESTRA DE MINIFICCIÓN COLOMBIANA

GUILLERMO CASTILLO

(Buga, Colombia)

Licenciado en Español y Literatura de la Universidad del Quindío (1996). Ha publicado los libros *La eternidad del instante* (2017), *Hoja volante* (2004) y *El microrrelato como recurso pedagógico para la lectura y la escritura de textos narrativos en español como lengua extranjera* (2010). Sus microrrelatos han sido publicados en diferentes revistas digitales e impresas.

En la página 795 de cierto tratado imaginario de onomatología y antroponimia, se explica el origen de los nombres y el lugar e historia de sus variaciones. Así:¹

Al tirano Chieh lo llamaron El Rey Edificante porque siempre le cubrían sus propios escombros.

¹ Tomado de *La eternidad del instante*.

Por aquí también pasa la muerte a todo galope¹

Los dos hombres se agolpan bajo las ramas de un árbol endeble cerca de la casa principal. Los pocos metros de sombra que los separa de la casona parecen un oasis a esa hora. Sin pensarlo ingresan a la sala, donde don Floro los espera sentado en su silla de cuero curtido de becerro.

—Este infierno acíclico estaba anunciado y no hicimos nada—. Resonó la voz con tufillo a aguardiente de uno de los recién llegados.

—Todo Casanare es un océano de arcilla avanzando con rastros de lo que hace unos meses eran ríos, quebradas y lagunas—, agregó el otro en el que se adivina cierta resignación al tirar el sombrero a un lado.

Ellos mismos, habían bajado a la llanura y caminaron por esos ríos desiertos como si fueran carreteras, donde ahora, el ganado camina de un lado para otro, andan, como si nada en medio de cuerpos y huesos que deshizo el calor.

Don Floro, no dice nada, porque el sol en su bravura lo reseco y a sus dos famélicos perros los ahogó la sed.

Tomados de *La eternidad del instante*.

¹ Tomado de *La eternidad del instante*.

RAFAEL GARCÍA Z

(Medellín, 1965)

Diseñador, humorista y microrrelatista gráfico. Tiene estudios en diseño gráfico por la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha ganado premios como minificcionista dentro de su país y fuera de él. Como humorista gráfico, ha colaborado en diferentes periódicos y ha obtenido premios en Colombia y Bélgica.

Maternidad

«Te voy a extrañar tanto», pensó la madre justo antes de parir.

Las consonantes

Las consonantes, cegadas por su ambición de convertirse en una raza pura y sin mezclas, nunca dimensionaron la magnitud del error que estaban cometiendo cuando decidieron masacrar, una a una, las vocales del alfabeto.*

* Las consonantes, cegadas por su ambición de convertirse en una raza pura y sin mezclas, nunca dimensionaron la magnitud del error que estaban cometiendo cuando decidieron masacrar, una a una, las vocales del alfabeto.

ÁLVARO MUTIS

(Bogotá, 1923)

Ha obtenido los siguientes premios: Premio Nacional de las letras (1974), Premio Nacional de Poesía (1983), Premio Xavier Villaurrutia (1988), El Prix Médicis Étranger (1989), Premio Príncipe de Asturias (1997), y Premio Cervantes de Literatura (2001).

Sueño del fraile¹

Transitaba por un corredor y al cruzar una puerta, volvía a transitar el mismo corredor con algunos breves detalles que lo distinto. Pensaba que el corredor anterior lo había soñado y que este sí era real. Volvía a trasponer una nueva puerta y entraba a otro corredor con nuevos detalles que lo distinguían del anterior y entonces pensaba que aquel era soñado y este era real. Así sucesivamente cruzaba nuevas puertas que lo llevaban a corredores, cada una de los cuales era para él, en el momento de transitarlo, el único existente. Ascendió brevemente a la vigilia y pensó: «También esta puede ser una forma de rezar el rosario».

¹ Tomado de *Relatos de mar y tierra* (Randon House Mondadori).

Sueño de la muchacha¹

Recorría en bicicleta los limonares a la orilla del río. Sabía que en la realidad era imposible hacerlo, pero en el sueño y en ese momento no encontraba dificultad alguna. La bicicleta rodaba suavemente pisando hojas secas y el húmedo suelo de las plantaciones. El aire le daba en la cara con una fuerza refrescante y tónica. Sentía todo su cuerpo invadido de una frescura que, a veces, llegaba a producirle una desagradable impresión de ultratumba. Entraba a una iglesia abandonada cuyas amplias y sonoras naves recorría velozmente en la bicicleta. Se detuvo frente a un altar con las luces encendidas. La figura del dueño, vestido con amplias ropas femeninas de virgen bizantina, estaba representada en una estatua de tamaño natural. La rodeaban multitud de lámparas veladoras que mecían suavemente sus llamitas al impulso de una breve sonrisa de otro mundo. «Es la virgen de la esperanza», le explicó un viejecito, negro y enjuto, con el pelo blanco y crespo como el de los carneros. Era el abuelo del sirviente, que le hablaba con un tono de reconvención que la angustiaba y la avergonzaba. «Ella te perdonara tus pecados. Y los de mi nieto. Enciéndele una veladora».

¹ Tomado de *Relatos de mar y tierra* (Randon House Mondadori).

HUGO HERNÁN APARICIO

(Bogotá)

Contador Público de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.
Editor de Poetintos, publicación de carácter cultural y ciudadano.

Insomnio Pasional

Agotada en el llanto del desengaño, pudo por fin dormir.
Morfeo, furioso por su tardanza, loco de celos, la despertó.

Eutanasia

Lúcido aún, desconectó aparatos y sustancias que mantenían su vida artificial. Arrancó el cable del televisor, vació la licorera...

ORLANDO MEJÍA RIVERA

(Manizales, 1961)

Escritor, médico internista. Especialista en literatura hispanoamericana. Magíster en Filosofía. Periodista cultural y de divulgación científica. Ganador del concurso de novela Iefes-Cres Centro Occidente (1996), Premio Nacional de Cultura (Novela) (1998). Premio Nacional de Ensayo Literario Ciudad de Bogotá (1999).

Monterroso y el Buda¹

Cuando muere, o creyó morir, Monterroso, escritor de ficciones cortas, aparece al lado del señor Gautama Buda, quien medita con los ojos cerrados a la sombra del frondoso árbol de Benarés. El escritor tose y el antiguo príncipe abre los ojos. Lo observa con cierta malicia y luego de sonreírle le dice con asombrosa suavidad: «Lo has hecho muy bien esta vez. La herencia del karma se transforma en dharma cuando el ser logra superar sus tendencias pasadas en la nueva vida». Monterroso no entiende nada. Guatama nota su perplejidad y agrega: «Te lo voy a explicar mejor. En tu vida anterior abusaste de la pluma. Pretendiste inventar todo un universo de palabras. Fuiste un grafómano desvergonzado, con la soberbia que tienen los dioses creadores».

—¿Entonces, quién fui? —Le pregunta el escritor con estupefacción.

Buda le contesta: «No te hagas el bobo. Pues tú lo insinuaste más de una vez. A mí no me engañas. Recuerda que puedo leer todas las mentes y los corazones, mi querido Monterroso. ¿O prefieres que te llame, de nuevo, Honorato de Balzac?»

¹ Tomado de *Manicomio de dioses* (Cuadernos Negros Editorial: 2010).

Páter¹

Las fuerzas del Nazareno se han agotado, torturado por tantas horas en esa cruz de maderos. El dolor de sus heridas sólo es superado por la infinita tristeza que siente en su corazón de hombre. Sus compañeros de suplicio ya están muertos. Las burlas de los soldados romanos es lo único que escucha. A lo lejos, a pesar de la hinchazón de sus parpados, alcanza a ver, de manera borrosa, a la bella María Magdalena consolando a su dulce madre. Siente que el último aliento de su vida está por huir y lo inunda la angustia, la incertidumbre de lo que fue su misión sagrada, el temor de que en el fondo él se haya equivocado. Entonces, sin poder controlarse, desesperado, grita en tono de reproché mirando a los cielos: «Padre, ¿Por qué me has abandonado?» El silencio es inmenso. El Nazareno muere sin escuchar ninguna respuesta. El huérfano siempre quiso creer en la piadosa historia que le conto su mamá.

¹ Tomado de *Manicomio de dioses* (Cuadernos Negros Editorial: 2010).

JAIME LOPERA GUTIÉRREZ

Escritor, periodista, consultor de empresas y columnista en varias publicaciones (revista *Pluma*; diarios *Portafolio* y *La Crónica del Quindío*). Es autor de dos libros de cuentos cortos: *La perorata* y *Minotauro insólito*. También es autor de ensayos literarios.

La perolata

El sordomudo quería hacerse atender sus penas y sus gozos. En vista de que nadie lo tomaba en consideración, decidió multiplicar su figura novecientas veces para que fragmentos de sí mismo lo escucharan con paciencia y con largueza.

Cuando reunió la muchedumbre de sus dobles, hizo una arenga a favor de Dios.

Al escuchar el panegírico, sus imágenes adquirieron predominio y le tiraron huevos podridos. Procuro sofocar la imaginación recomponiendo su figura de tal manera que las imágenes volvieran la original, pero en medio del esfuerzo lo ataron de pies y manos, lo arrojaron por un barranco. Cayendo en el vacío se respondió al escuchar el eco de su propio alarido.

Cartas al lector

Señor Director,

El reciente artículo del señor Platón —cuyo nombre de pila desconozco, pese a ser uno de sus más empecinados lectores por muchos años, no obstante lo cual se me antoja que puede ser un seudónimo—, ese artículo, digo, contiene alegres afirmaciones que juzgo como un insulto a la naturaleza humana. ¿Será posible decir hoy, un poco más allá de la época del tirano de Siracusa, que nosotros, ciudadanos del Peloponeso, debemos vivir encadenados en una cueva sin conocer el exterior y asumiendo que las sombras erráticas que una fogata proyecta contra esa cueva son la realidad? ¡Curioso desatino! No tengo dudas que el señor Platón puede autoproclamarse filósofo, aunque honestamente se diga discípulo de otro más aventajado que él, pero también creo que con afirmaciones como estas han cometido un grave error al creernos hombres con visiones caóticas y por ello será condenado en el resto de la vida. Atento saludo,

Lucrecio S.

BIBIANA BERNAL

Poeta, narradora, editora y gestora cultural. Sus textos narrativos y poéticos han sido publicados en antologías y revistas nacionales e internacionales. Parte de su poesía ha sido traducida al griego, inglés, portugués y rumano. Directora de la Fundación Pundarika, la editorial Cuadernos Negros y la revista *Minificciones*. Premio de poesía Comfenalco 2003, Gobernación del Quindío 2016 y finalista del Premio Nacional de Poesía 2017.

Desahogo

Una mujer que llora, intenta escribir un minicuento. Lo único que se le ocurre es un cuento cuya protagonista llora desde el principio hasta el final del mismo. Cuando termina de escribirlo, el llanto de la protagonista cesa. Ahora lo único que a esta le preocupa es calmar el llanto de la escritora.

Encuentro

Entra al café, me mira y se acerca. Permanece. Nos saludamos con un gesto. Sonreímos. Le permito sentarse. Trae restos del aguacero que hasta hace un momento yo contemplaba a través del cristal. Ha entrado para refugiarse. También yo... aunque llegué mucho antes de que lloviera. Se acerca aún más y entramos en comunicación. Al cabo de un rato, abandona el lugar, porque alguien hace que salga. Lo hace. Regreso entonces la mirada al cristal, para verlo cruzar la avenida. Allá va, en medio de la lluvia, ha retomado su ruta incierta de perro callejero.

NANA RODRÍGUEZ

Escritora colombiana. Ha publicado los libros de poesía y minificción, entre los que destaca *Estudio literario. Elementos para una teoría del minicuento*. Invitada a varios encuentros de escritores y poetas en México, Uruguay, Venezuela y Colombia. Seleccionada para varias antologías nacionales e internacionales en poesía y minificción. Becaria del Ministerio de Cultura y ganadora del Premio Nacional de poesía *Ciro Mendía* (2008). Trabaja como docente de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Universos¹

A Jaime Rodríguez Romero

Todos los sábados se reúnen en la galería para pintar y entretener palabras que dan sentido a los otros días de la semana.

Aníbal, es minucioso, dedica más de un año a cada pieza, son miniaturas con universos dentro de ellas, usa lupa y silencio para corroborar la perfección de sus pequeñas obras.

Ismael, no ha aprendido bien la técnica, es enamorado, va y viene. Si entra cualquier mujer a la galería o la ve pasar por la ventana que da a la calle, de inmediato abandona el cuadro y va tras ella. Esteban, el crítico, no deja pasar el más mínimo defecto en los lienzos, las paletas, las espátulas o los pinceles, nunca se entromete en las ideas. La anciana, sólo dibuja bodegones, miles de ellos, no le interesa la venta de sus obras.

Ah, pero Asdrúbal, es veloz, pinta dos cuadros en un mes, formatos grandes llenos de ideas y rupturas, su punto de partida es el negro, nunca el blanco; además toca piano y chelo, hace fotografía y escultura y como si fuera poco, es el encargado de la risa.

Esta galería nunca abre sus puertas, no hace exposiciones, jamás hace subastas, esta galería es una miniatura que no termina de pintar el ensimismado Aníbal.

¹ Tomado de *La cometa infinita* (Tunja: Colibrí Ediciones, 2017).

El lenguaje¹

Poco a poco se han hecho sonido, esos efluvios que salen de mi garganta y mi corazón. Los ojos y la cabeza hacen lo suyo. Se multiplican como pájaros, las palabras llenas de intenciones. Florecen en la boca de mis hijos, de pronto, un día como un milagro. Cómo crecen las palabras, cómo cantan en las conversaciones, saben nombrar y maldecir porque se nos ha dado el poder de ser palabras. Ahora puedo hacer trueque con las cosechas. Escuchamos a los ancianos, a los trashumantes, sus historias cosidas con palabras. Basta un palabreo para saber que mañana iremos a la otra aldea para aflojar la tierra y los rencores. Mi palabra tiene honor, tiene confianza, tiene fuerza. Me escuchan los animales y responden con su propia voz de animal. Nos entendemos.

¹ Tomado de *Los elementos* (Bogotá: Ediciones Exilio, 2019).

CAMILO GARAVITO

Escritor. Profesor de Filosofía de la Universidad Pedagógica de Colombia. Investigador.

Dédalo

I

No es justo para mi hijo este encierro de vida que padece por un pecado del cual soy yo el único culpable. Mi juventud fue un juego peligroso, de reglas inestables o inflexibles. Placentero y limítrofe. Perseguí las olas agrestes del mar y su espuma de mujeres entrampadas y al acecho en la cresta. Tomo una roca filuda en mis manos y recuerdo la defensa del hogar ante el invasor, la cacería de la presa, y la ira por la traición. Lamo el agua de la hierba y soy mi infancia bajo la lluvia con mis hermanos. Pero a él, ¿qué idea visita tu mente al alzar una roca filuda? ¿Qué recuerdo le trae este viento? Lo veo ahora caminar de un lado a otro, sin atender nada en particular, girando en un círculo diminuto que se convierte en punto. El castigo no es mi asilamiento, es la consumación de la vida de mi hijo en un juego monótono. Algo tendremos que hacer. El castigo es solo mío.

Mi brazo derecho

El que escucha principalmente la música de guitarra es mi brazo derecho, del resto de música me encargo yo. Creo que nos entendemos. Mi brazo derecho tiene muy buen oído para la música de cuerda y los dos la disfrutamos, es generoso conmigo. Podría disfrutarla él solo y dejarme a mi muy aburrido, o dispuesto a oír otras cosas, pero no, él no tiene inconveniente en compartir. De ese gesto amable, solidario, no hemos hablado. Y no es que yo tema que al llamar la atención sobre ese punto mi brazo se arrepienta o se caiga en cuenta de estar cometiendo un error, no es eso, es algo más bonito. Yo simplemente lo disfruto, me beneficio de él. Le comenté a un amigo y me dijo que brazo era una antena, y a mí eso que dijo que pareció tan ofensivo, tan descuidado. No quiero hablar con mi amigo por un tiempo. Es importante que recapacite, y espero que la distancia le ayude. Cómo se le ocurrió semejante simplificación. Tan burdo. Cómo es costumbre, ese día en que dijo eso, ese mi amigo, mi brazo derecho estaba conmigo y escuchó. Yo creo que no escuchó bien, y eso me convino. No quisiera pensar cómo se habría sentido de imaginarse reducido a una antena receptora de música de cuerda. De algún modo, mi brazo pareció percatarse de ese acto de respaldo mío hacia su condición y me lo agradeció. Desde ese momento me está diciendo cosas buenas, no muy exactas, cosas breves, como inspiraciones. Generoso y agradecido, qué buen brazo derecho tengo.

CRISTIAN GARZÓN

Estudiante de Filosofía en la Universidad Pedagógica de Colombia. Coeditor de El Taller Blanco Ediciones. Miembro fundador y coordinador editorial de *Rizomatrix*, revista de ciencia ficción.

Terror

Al intentar ponerse los zapatos, siente una cola viscosa en su interior y los arroja. Al cepillarse ve sus dientes alargados y lanza el cepillo contra el espejo. Llega a la oficina, ordena el escritorio: los lápices, el retrato de su hijo, su agenda y la cinta adhesiva. Pasa los dedos para quitar el polvo, pero miles de patas grises pisan sus manos, suben por su rostro, dejan huellas de barro en todo el lugar. Llega a su casa, se seca las gotas de sudor en la frente, introduce la llave con lentitud. Quiere contarle todo a su esposa. Quizá deba ir al psiquiatra pronto. En el cuarto una gigantesca rata detiene la lectura y lo saluda agitando sus garras. Resbala en las escaleras. Patea la puerta. Corre sin detenerse. Se introduce en la alcantarilla.

Amnesia

En memoria del insomne de Virgilio Piñera

Muy ebria, toma el arma y se dispara en la sien. Inconsciente, llega a su casa y se acuesta a dormir. En la mañana siente un dolor de cabeza lacerante. Trata recordar qué pasó, pero es inútil. Se sirve cereal. Mira la hora y sabe que debe salir rápido o llegará tarde al trabajo. Suspira sin aire, como si tuviera el pecho vacío. En el espejo su mirada deshabitada. En la ducha su piel demasiado pálida. Cierra los ojos y se concentra, pero no puede enfocar ninguna imagen de la noche anterior. Se rinde. Sale a la calle. El día es soleado.

JAVIER TAFUR GONZÁLEZ

(Santiago de Cali, 1945)

Abogado de la Universidad Santiago de Cali. Incluido en diferentes antologías de poesía, cuento y novela. Ha merecido distinciones en los concursos E-kuóreo (Cali); Termita, de la Universidad del Quindío (Armenia); Ko'eyu, Caracas (Venezuela), entre otros. Autor de narrativa, poesía y ensayo.

La chompa azul de cuadros escoceses

Tenía temor al campo. Creía que se encontraría con alimañas. Ya era un joven elegante cuando lo invitaron a un paseo. Ilusionado con Lucía y de estrenar su chompa azul de cuadros escoceses olvidó sus escrúpulos. Se impresionó con los cultivos de margaritas y deseó caminar solo entre ellas. No sabía que la naturaleza reservara estos tesoros, que produjera tan agradable sensación. Su corazón latía gozoso y la imagen de Lucía reinaba en aquel ondulante fondo blanco. Cogió una flor, comenzó a deshojarla y al arrancar el último pétalo, el tallo sangró. Mirándose las manos, corrió y en su descontrolada carrera tropezó. Vio aterrado que una margarita lo tomaba del brazo y se lo arrancaba; sintió que otra le cogía una pierna... De cada una de las partes de su cuerpo crecieron margaritas. Bellas se inclinan con el viento de la tarde.

La visita¹

Tocan a la puerta. Seguro es la misma persona que vino ayer, que vino anteayer, que ha venido todos estos días, que me asedia y me fastidia. Iré a abrirle. Seguramente se sentará en mi silla, cogerá mis libros, fumará en mi pipa. Antes de abrirle me asomaré a la ventana. Sí, ya lo veo, allí está. Ciertamente es el mismo. Puedo demorarme un momento, pero volverá a llamar. Terminará por entrar. Lo que me sorprende es que desaparezca cuando entra y siempre sea yo quien hace sus movimientos.

¹ Tomado de revista *Ekúóreo*.

UMBERTO SENEGAL

(Calarcá, Quindío)

Poeta, cuentista, ensayista, editor, fotógrafo y educador. Colaborador de múltiples periódicos y revistas dentro y fuera de Colombia. Ha editado y dirigido varias revistas y periódicos literarios. Ganador de varios concursos regionales de cuento y poesía.

Marquesita Quesalde

Como cargaba ese rostro equino y algo más desde cuando nació y nada pudo hacerse, eligió la profesión de bruja. Yerbatera de las buenas. Ojeadora de las buenas para males y también para virtudes cuando sabían darle trato. En el pueblo la temían unos, y otros la respetaban pero, de amores, nunca. Desde niña su cara determinó su futuro y el del pueblo. La consultaban para sacar daños del cuerpo y dolencias de los sentimientos. Marquesita Quesalde especializó sus brujerías en curar o matar animales: cerdos, vacas, caballos, ovejas. Una mirada suya desplomaba una mula, volvía estéril una marrana, secaba la leche de las cabras, ponía triste a los canarios o anudaba a las ovejas su vellón. Con esa cara, las miradas le mejoraban cada año su profesión.

Un día, de la noche a la mañana, la bruja desapareció dejando todo lo de su casa. Hasta un pedazo de sombra suya sobre la pared de la alcoba, bajo un cuadro grandísimo de José Gregorio Hernández. Ese mismo día, también desapareció el mejor caballo del viejo Rubiroso Amaya. Nadie roba un caballo a grandes para el pueblo: Marquesita y el caballo. Yo no lo vi pero varios trabajadores que madrugan para las fincas, aseguran que lo vieron a todo trote, como hechizado, detrás de una hermosa yegua blanca que les era familiar pero que jamás habían visto en la región.

Recuerdos

Cuando abuela deseaba llorar iba al sótano. Allí lo hacía pensando que nadie la escuchaba. Todos íbamos hasta la puerta y nos quedábamos oyéndola. Si alguno se compadecía y pedía entrar para consolarla, madre lo impedía, gesticulando. Cuando abuela: quería reír, iba al sótano donde reía hasta asustarnos. También bajábamos a escucharla tras la puerta. Madre nos decía que podía entrar quien lo deseara, pero nadie cayó en su trampa: preferíamos escuchar desde allí.

Un día, abuela decidió no volver al sótano. No llorar ni reír más. Desde entonces, una tras otro en diferentes días de la semana, bajamos a llorar y reír, Ignoramos si abuela escucha tras la puerta.

GUILLERMO BUSTAMANTE ZAMUDIO

(Cali, 1958)

Licenciado en Literatura e Idiomas, magíster en Lingüística y Español (1984). Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá. Cofundador y codirector de la revista *Ekuóreo* de minicuentos. Ganador del premio Jorge Isaacs 2002 con el libro *Convicciones y otras debilidades mentales*. Estudioso y crítico de minificción.

Continuidad de la «continuidad de los parques»

En el cuento «Continuidad de los parques», de Cortázar, un hombre retoma la lectura de una novela y se deja interesar lentamente por la trama. Se acomoda en su sitio preferido: el estudio que mira hacia el parque de los robles, de espaldas a las posibles interrupciones que entrarían por la puerta; los cigarrillos, a la mano; el sillón es de terciopelo verde y alto respaldo. En la novela, unos amantes planean matar a alguien; ella sigue la senda que va al norte, él sigue los puntos de un plan estrictamente establecido que, paso a paso, lo llevan al cuarto donde está su víctima: un hombre que lee en un sillón alto de terciopelo verde, de espaldas a él, que entra por la puerta.

Hasta ahí se contó. Pero la cosa continúa.

El hombre que lee esa descripción no tiene más remedio que sentirse aludido. Levanta los ojos. Piensa: «¡Pero si es una ficción! Esto es una coincidencia». No obstante, una incomodidad que no pasa por la razón lo hace girar para comprobar que nadie más hay en el lugar. Algo triunfante, vuelve al texto. Allí dice que la víctima detuvo la lectura un momento, y que volvió la cabeza para exclamar con tranquilidad: «No hay nadie». El amante avanza hacia la víctima, puñal en mano.

Ahora, el hombre que lee está razonablemente seguro de que es una situación idéntica. Mira de manera intempestiva hacia atrás, pero nada ve. El temblor del humo del cigarrillo que prende es imperceptible. El pequeño temor crece, pero no detiene la curiosidad: ¿qué pasará con los amantes? Entonces, lee. Lee que la víctima nuevamente se ha girado hacia la puerta, ha encendido un cigarrillo y, tras un corto titubeo, ha retomado la lectura; que el amante avanza en silencio y está a un paso de consumir el asesinato. El hombre que lee se pone de pie, busca en el estudio, mira hacia los robles, no entiende. Duda en seguir leyendo. Pero, ¿por qué dudar? ¡La situación es ridícula! Se sienta y continúa. La

novela cuenta que el hombre que lee ha deambulado por el cuarto, como buscando algo y, finalmente, se ha sentado de nuevo. El amante levanta la mano armada. El hombre deja de leer, siente un peso inconmensurable; vuelve a las páginas. En la novela dice: «El hombre deja de leer, siente un peso inconmensurable; vuelve a las páginas». Cierra los ojos; retoma el texto: cada palabra, cada letra, aproxima más el arma, que se detiene sólo cuando levanta la cabeza para comprobar que no hay nada.

Juego genial¹

Las enciclopedias constatan la inconsistencia de las versiones sobre el origen del ajedrez. Queda claro que tal diversión no tuvo origen único y que, gracias a un proceso de transformación constante, llegó al estado en que hoy lo conocemos, con sus ingeniosas e infatigables posibilidades.

Parte de dicho proceso es la desaparición de una pieza que antes disfrutaba de funciones específicas. Hoy conocemos parejas de alfiles, caballos y torres, además de peones, rey y dama. Pues bien, antes, entre el alfil y la dama, existía otra pieza: el gato. Uno solo era suficiente.

El gato no tenía reticencia en orinar el vestido de la dama, desobedecer al rey, hacer mofa de la solemnidad del alfil, empujar a los peones en formación, arañar al caballo y realizar ágiles cacerías de pájaros o baños de sol encima de las torres. Era muy difícil sorprenderlo en la contienda. Debía ser eliminado siete veces. No avisaba jaque. Tomaba piezas en cualquier dirección como resultado de perplejantes saltos acrobáticos. En el gato del otro bando no veía un enemigo, era frecuente encontrarlos en rochela hacia el centro del tablero o remoloneando a la sombra de las piezas vencidas en batalla.

Tan maravillosa pieza del ajedrez se sacrificó, no sin sonoras quejas —y pese al respeto que culturas orientales de la seriedad que hoy caracteriza al juego.

¹ Tomado de *Convicciones y otras debilidades mentales*.

GUILLERMO VELÁSQUEZ FORERO

(San Vicente de Chucurí, Santander, 1954)

Licenciado en Lingüística y Literatura y especialista en Literatura y Semiótica. Poeta, cuentista, escritor de minificciones y de literatura infantil, articulista. Su obra ha obtenido varios premios nacionales. Autor de poesía y narrativa. En ambas ha merecido numerosos premios y reconocimientos y ha sido incluida en diversas antologías.

La gran deserción¹

Como si acabara de escapar de alguna pesadilla infernal, el General se levantó atacado por un renovado delirio de poder y llamó a lista a todos los batallones, pero nadie estaba presente, ni siquiera había muestras de vida, sólo le respondió el silencio. Y creyó que todos habían caído en combate, y que él era el único sobreviviente de esa guerra absurda contra el pueblo; pero la verdad era que todos habían desertado y él era el único muerto.

¹ Tomado del libro *Luz de Fuga* (1996).

El caballo de Hiroshima¹

Después de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima, un caballo desollado y ciego, vagando a tientas por entre los escombros, llegó al infierno y con un casco tocó en el portón. Por el postigo apareció una de las tres cabezas de Cancerbero y con voz ardiente y cavernosa le dijo:

—Aquí no se permite la entrada a los animales, este lugar está destinado exclusivamente a los hombres.

—Precisamente —replicó el caballo—, vengo en busca de un hombre.

—Y ¿quién es ese hombre? —preguntó Cancerbero.

—Harry S. Truman.

—Lo siento —concluyó el guardián infernal—, pues ese hombre no se encuentra aquí porque liquidó su sociedad con el demonio y montó infierno aparte.

¹ Tomado del libro *Luz de Fuga* (1996).

JORGE OSBALDO

(Siachoque, Boyacá)

Ha publicado cuento, novela, minificción, ensayo y aforismos. Ha recibido reconocimientos dentro de Colombia.

Fortuna

Al verme con traje de paño, elegante y con libros, el limosnero extendió su mano.

—Que Dios lo bendiga —me dijo.

Y quedé agradecido con el limosnero, que al adivinar mi mala racha, al menos me dio una moneda.

Transformación¹

Luego de soñar con el escarabajo de Gregorio Samsa, el predador se preguntó si algún día despertaría convertido en humano.

¹ Tomado de *Voces y piedras*.

PABLO MONTOYA
(Barrancabermeja, 1963)

Ha publicado libros de cuentos, novelas, ensayos y poesía. Es premio del Concurso Nacional de Cuento «Germán Vargas» (1993). El libro *Habitantes* ganó el premio Autores Antioqueños en 2000. Ha participado en diferentes antologías de cuento y poesía colombiana y latinoamericana. Ganador del Premio Rómulo Gallegos (2015).

Alonso Quijano¹

Estas no son comarcas de castillos. Tampoco reinos donde se reclamen mi voz y mi espada. La muchacha de la aldea ya no está. Atrás no escucho la palabra fiel del escudero. Lo que hay aquí es una bicicleta, bajo una luz huérfana de fuego. Así se llama, porque un hombre nos ha dicho. Se ha metido las manos en sus ropas raras y ha repetido, ausente, esto es una bicicleta. Y ha seguido sin preguntarnos por nuestro rumbo, sin siquiera mirarnos. Es mejor así. Acaso yo no hubiera podido responderle. La luz hostiga y le digo a Rocinante que continuemos. Como una exhalación, nuestras sombras se dispersan en la noche.

¹ Tomado de *Minificciones sobre Don Quijote*, 2020.

Un judío

En la mirada de la mujer una llanura, caballos que corren hacia un punto distinto al que busca este tren herrumbroso. Ella está junto al respiradero, estira sus manos entre los alambres, buscando un aire huidizo. También sabe que nos ha correspondido el horror. De nuevo estamos signados por la barbarie como antes lo estuvieron nuestros ancestros en Goray. Pero hoy, me repito, todo es una ficticia emanación: el paisaje visto en los ojos, la mujer, el tren que va a Treblinka, mi incredulidad. Este viaje hacia la muerte es ilusorio como la luz y la lluvia. Como la oración dicha por alguien, junto a mí, porque hoy es sábado.

LUIS FAYAD

(Bogotá, 1945)

Ha publicado las novelas *Los parientes de Ester* (1978), *Compañeros de viaje* (1991) y *La caída de los puntos cardinales* (2000). Sus libros de cuentos son *Los sonidos del fuego* (1968), *Olor de lluvia* (1974), *Una lección de la vida* (1984), *La carta del futuro* (1993), *El regreso de los ecos* (1993) y *Un espejo después* (1995).

Mensaje de medianoche

Desde hacía un mes la rata rondaba todas las noches por el apartamento. Leoncio la oía, dueña del lugar, y había ensayado deshacerse de ella instalando trampas y rociando veneno por el piso. También en vano obstruyó los agujeros de los rincones y se paró amenazante con una escoba detrás de las puertas. Al cabo del mes Leoncio se notó a sí mismo con el carácter cambiado, y escribió una nota: «Por favor, déjeme tranquilo». La colocó en el piso de la cocina y se acostó confiado, pero lo único que varió durante la noche fue el pasearse impaciente de la rata, y a la mañana siguiente, cuando leyó de nuevo la nota, Leoncio tuvo la impresión de que iba dirigida a él.

Mala suerte

Desde el paradero del bus Leoncio observa los esfuerzos de un hombre por permanecer asido a la viga de un edificio. Algunos automóviles se detienen y los transeúntes empiezan a agruparse, y ya en calidad de testigos susurran palabras apresuradas sin atreverse a emitir un presagio. Angustiado, Leoncio piensa en que el bus puede venir sin asientos libres, y abstraído recorre con la mirada el trayecto del hombre desde la viga hacia el suelo. Cuando el bus aparece, Leoncio sube de prisa y busca sin éxito un puesto vacío. Mala suerte, piensa.

MARIBEL GARCÍA QUINTERO

(Tunja, Colombia)

Escritora, traductora y realizadora de talleres de promoción de lectura, lectura creativa y creación literaria. Colabora eventualmente con textos de ficción y cuentos en diversas revistas y publicaciones especializadas. Ha publicado en las áreas de narrativa, pedagogía y minificción. Ha merecido distintos reconocimientos literarios.

Desafío 1

Toda la semana me había preparado para esa noche. Sabía con certeza que el hombre era un asesino. Contiendas anteriores habían doblegado mi honor. Sin embargo, el momento de mi revancha estaba próximo.

«*Mi brioso caballo*», susurré en la oscuridad y acaricié su suave lomo.

Poco después me encontraba ante ochenta kilos de peso y una mirada desafiante y despiadada. No podía concentrarme pues avizoraba que en esta ocasión me jugaba la vida. Sentía latentes el terror, la burla, la ignominia y hasta la muerte.

Él, al verme cercado, se envalentonó y se dispuso a embestirme.

Exhausto, ya me sentía vencido cuando una idea me iluminó. No todo estaba perdido, me quedaba el caballo. Decidido lo tomé en 4 alfil y le di *¡Jaque mate!*

La mujer de crin

La llanura se fue consumiendo en sus jornadas de búsqueda, hasta sentir próximo el encuentro. Galopó con más prisa y sus cascos marcaron un ritmo de fuego sobre el camino de piedra. A lo lejos divisó el portal de la hacienda, igual al de sus sueños, y el cansancio cedió a su deseo. Apuró el trote y pronto arribó a su destino.

En la mecedora, el hombre la aguardaba. Bello, igual al príncipe soñado que la hizo abandonar a su manada y emprender aquella travesía.

Agotada se recostó a sus pies, cerró los ojos y lentamente fue dejando su aspecto animal y se convirtió en una bella mujer. Sin importarle su desnudez, sensual, se acercó al hombre que parecía dormido y lo besó en los labios. Él, momificado por la espera, recibió aquel beso añorado y se derrumbó dejando en su lugar una tenue nube de polvo que se confundió con el que en su huida dejaron los cascos de la mujer que huyó, otra vez, convertida en yegua salvaje.

JOSÉ CHALARCA

(Manizales, 1941)

Ha publicado los libros de cuentos *Color de hormiga* (1973), *El contador de cuentos*, *Las muertes de Caín*, y la antología *Trilogio*; y los libros de ensayo *El oficio de preguntar*, *Yourcenar o la profundidad* y *La escritura como pasión*; así como las obras para niños *Diario de una infancia* (1984) y *Aventuras ilustradas del café* (1989).

Muñeca

Era blanca, toda blanca con una mancha negra sobre la frente. Se llamaba Muñeca y tenía costumbres que contradecían su espíritu felino: en la mañana, cuando mamá entraba al cuarto que compartía con dos tías viejas -solterona la una, madre soltera la otra-, Muñeca llegaba detrás y se metía entre las cobijas lo que dificultaba mucho más mi levantada. Luego en la cocina se encaramaba sobre mi espalda mientras tomaba el desayuno.

Fueron muchos los azotes que gané por su amor. Papá decía que los gatos eran peligrosos. Que casos se dieron en que habían matado a sus amos por asunto baladí; que los pelos que soltaban se introducían en los pulmones y causaban la tisis y otros mil engendros de similar talante.

Seguíamos amándonos. Tuvo para conmigo detalles de perro: Salía a encontrarme cuando llegaba de la escuela y si no la alzaba hacía cabriolas delante de mí y los ojos le reían de felicidad.

Una noche la sentí maullar desesperada. Yo no sabía aún que los gatos gritan desaforados cuando se entregan al juego del amor. No, no lo sabía. Traté de levantarme para averiguar lo que pasaba y el miedo me atenazó con infinitas excusas. Escuché que además de gritar arañaba las tablas de la escalera. Pero no me levanté ni me asomé para ver lo que ocurría. A veces sus maullidos como que decían mi nombre y esto, en vez de animarme a salir, me paralizaba más en el rincón de la cama. Pudo al fin el sueño de los ocho años.

Amaneció. Mamá entró como todas las mañanas. Muñeca no. Cuando bajé al lavadero para asearme, la pobre Muñeca colgaba flácida entre dos tablas que formaban una especie de horqueta en la cubierta exterior de la escalera. La enterré en el patio con honores de cruz, cirios y flores.

Juan Nube

Juan alcanzó una nube y la hizo su cabalgadura. Era luminosa, grácil, veloz. Transportarse en la nube volvió a Juan más alegre, más cordial. La libertad de movimiento que le permitía su nube-caballo le ganó entonces más amigos y también muchos enemigos.

Día con día Juan se tornaba más transparente y generoso. Todos podían ver los movimientos de su corazón. Muchos le dijeron: cuídate. El mundo se ha dañado y no ve con buenos ojos la luz y la alegría, menos aún, la bondad de corazón.

Él, bueno como era, no les dio crédito y una noche tenebrosa los chicos de la pandilla del odio lo abordaron en un callejón sin salida.

—Bájate de la nube, le dijeron.

—¿Por qué?

—¡La queremos. Es más luminosa y rápida que las nuestras!

—¡Pero es que mi nube soy yo!

—Estupideces, dijeron en coro los hijos del odio.

Entonces uno de ellos disparó un revólver y la bala pegó directo en la frente de Juan. Mientras el niño caía, la nube se deshizo en infinitos hilos de plata que se bebió el suelo oscuro.

FABIO MARTÍNEZ

(Cali, 1955)

Egresado de Literatura e Idiomas de la Universidad Santiago de Cali. Obtuvo una maestría en Estudios Hispánicos en la Universidad de la Sorbona de París y un doctorado en Semiología Literaria en la Universidad de Quebec en Montreal (Canadá). Autor de *Un habitante del séptimo cielo*, *Fantasio* y *Breve tratado del amor inconcluso*.

Expresionismo alemán

La flor azul es la flor de la noche y pertenece a Novalis. La flor plateada es la flor de la angustia y el desasosiego y pertenece a Georg Trakl.

Nosotros, como hijos de la noche, oscilamos entre la flor azul y la plateada que pertenecen a Novalis y a Georg Trakl, el atormentado de Salzburgo.

En la flor azul están cifradas las esperanzas plenas del poeta que sabe agradecer a su dios.

En la flor plateada están cifradas las dudas y angustias del poeta que no ha sabido respetar a su dios, y por eso se siente infeliz y desdichado.

El sueño de Borges

Como Borges de Carriego y Barnatán de Borges, yo también tengo recuerdos de ellos.

A Barnatán lo conocí a través del poeta y me pareció un hombre fino y cultivado.

Con Borges sueño estar sentado a su lado en Cambridge en un banco al pie del río Charles. Borges está apoyado en su eterno bastón y mira pasar el río del tiempo.

En el sueño, yo escucho y lo veo (Borges no me ve porque está ciego).

En el sueño, yo soy el espectador de mi propio sueño. Soy el soñador soñado.

COLOMBIA TRUQUE VÉLEZ

(Bogotá)

Poeta, cuentista y traductora. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1993 por su libro de cuentos *Otro nombre para María*. Cuenta con varias obras publicadas de narrativa y poesía.

Parábola del amor traicionado

Después de un rato en que se estuvieron mirando intensamente: Te amo, dijo él. Te amo, dijo ella. Se tomaron las manos y echaron a andar. El aire era tibio como sólo puede serlo en la primavera, con la misma tibieza que cada uno sentía emanar de la mano del otro.

Él es el Héroe y ella, la Heroína de esta historia que acaba de comenzar.

La luz ha ido cambiando, como si una pequeña nube hubiera velado el brillo del sol. Me hieres, dijo él. Sólo el No Amor puede no herir, dijo ella; el amor es una guerra. Ahora, la Heroína tenía en su mano un arma extraña, de brillos siniestros. Tú me heriste primero, dijo ella. No, tú me heriste primero, dijo él. Sólo el No Amor puede no herir. El amor es una guerra. También el Héroe tenía en su mano un arma extraña, de brillos siniestros.

A medida que se herían mutuamente, sus sombras, proyectadas contra el muro, que al principio estaban cogidas de las manos, comenzaron a separarse y a hacerse menos nítidas, como si la luz hubiera variado su ángulo sobre la escena. Las sombras se agitaban, haciendo esfuerzos para volver a unirse y, de repente, lo lograron. Los dos héroes que se herían en su lucha, habían depuesto súbitamente sus armas. ¿Me perdonas?, preguntó ella. ¿Me perdonas?, preguntó él.

La escena de la lucha y el perdón se sucedió varias veces más: el amor es una guerra. Entonces ocurrió que al final de una de esas luchas las sombras se debatieron con desesperación, tendiendo la una hacia la otra sus brazos, que del color de la tinta china se habían vuelto como manchas grisáceas y amenazaban desvanecerse completamente. Sin embargo, en la lucha del Héroe y la Heroína de carne y hueso, uno de los dos se alzó victorioso. No podríamos decir cuál, porque los cuerpos, al igual que las sombras, habían ido perdiendo consistencia. Ya iban a desaparecer por

completo, cuando se oyó, no se sabe si salida de las sombras o de los cuerpos, una voz débil que clamaba: ¡Ayúdame! Y otra voz que le respondía: ¡No puedo! Mi victoria es una herida más dolorosa, sangrante y mortal que la tuya...

Disidencia

Como el amor no se parece, ni de lejos, a la felicidad. Como ya terminaron los tiempos de las grandes aventuras y descubrimientos. Como leer se va pareciendo al placer de deshojar la margarita. Como escribir tiene poco sentido, y ninguno para algunos. Como entre ver cine y hacerlo es mejor todo lo contrario. Como en la rumba hay agujeritos por donde se cuele el hastío. Como caminar cansa en esta ciudad de basura y sorpresas crueles. Como dedicarse en esta vida a otra cosa que no sea la existencia es a todas luces imposible. Como imposible es elegir, diga lo que quiera Sartre. Como... y como... y como: *Es la ansiedad*, me dicen mis amigos.

LUIS FERNANDO MACÍAS

(Medellín, 1957)

Fue director de la editorial El Propio Bolsillo, de la publicación periódica *Poesía* y director de la revista *Universidad de Antioquia*. Actualmente, dirige la editorial El Tambor Arlequín. Algunas de sus obras son *La canción del barrio*, *La flor de lilolá* y *El juego como método para la enseñanza de la literatura a niños y jóvenes*.

La última jugada

La noche es transparente, una moneda nos alimenta con su brillo. El último autobús pasó a las once y media. Allí venía ella; se bajó y, en vez de cruzar la calle hacia su casa para contemplar nuestro juego desde el balcón como lo había hecho siempre, se sentó en el andén, bajo el guayacán, como si supiera que el partido de hoy no sería un simple juego sino un ritual.

Ella debe suponer que la ignoramos porque ninguno de nosotros la miró directamente cuando se sentó. No sabe que hemos dejado el alma en cada movimiento hasta hacer de este pedazo de la calle un templo, ni que el partido concluye con el décimo gol, que ahora puede ocurrir en cualquiera de las porterías.

Recibí el balón de mi compañero, hice un amague por la derecha y dejé al atacante adversario en la mitad del campo con un rápido movimiento hacia la izquierda. Frente a mí tengo al último defensor, el balón viene cayendo después de que lo levantara suavemente... Esta podría ser la última jugada.

El bello animal indefinido

Rosita madrugó el lunes y, apresurada, se bañó.

Los lunes tenía que ir al colegio, pero ella corrió al campo porque tenía la certeza de que era sábado, su día libre.

Cuando saltaba entre los matorrales, sobre un árbol, descubrió un gato tratando de mirar al cielo.

¡Qué bello perro!, se dijo, y trenzó amistad con él.

En la tarde regresó a casa, llevando al animal tras de sí.

Su madre, al verla venir, le habló: Es gracioso el tigre que te acompaña.

Por la noche, su padre llegó cansado del trabajo y Rosita quiso mostrarle su amigo. El padre, estuvo alegre porque su hija tenía un compañero y le recomendó: Cuida mucho de tu zorro para que siempre esté contento.

Durante los días siguientes, muchos vecinos de Rosita quisieron conocer el oso que ella guardaba en su casa, y algunos quedaron asombrados al ver un cóndor sin plumas.

LUIS VIDALES

(Calarcá, Quindío, 1904)

Fallece en Bogotá, 1990. Es considerado como el verdadero renovador y vanguardista de la llamada generación de los nuevos. Su libro *Suenan Timbres*, de 1926, significó un cambio radical en la poesía colombiana. Publicó también *La Obrería* (La Habana, 1978), *El Libro de los fantasmas* (Bogotá, 1985), entre otros títulos.

El muerto

Tomó el diario. Leyó: «El señor N-N descansó en la paz del Señor». Se tomó el pulso. Nada. Se palpó el pecho. Estaba frío. Sintió una absoluta indiferencia. Tiró el diario y volvió a meterse en la cama, más, pero muchísimo más indiferente que nunca.

Paisajes ambulantes

Mr. Wilde ha dicho que los crepúsculos están pasados de moda. Es indudable que se podría disimular ese defecto si los paisajes variaran constantemente de sitio. Eso de ver un paisaje en un mismo lugar es necesariamente aburrido. Lo contrario sería encantador. Y espectacular. Un grupo de árboles emigrando bajo el cielo. O un árbol que pasara para la selva solo recto sobre sus innumerables patitas blancas. Pero entonces la gente inventaría jaulas para cazar paisajes. Y un paisaje dentro de una jaula no debe sentirse contento.

MANUEL MEJÍA VALLEJO

(1923-1998)

Escritor y periodista colombiano, que además de novelas, cuentos y poesía, escribió minicuentos y aportó muchos textos al corpus de la ficción breve.

Otra versión

Repetidamente sueño con un dragón espeluznante. En los últimos sueños aprendí a conocerle sus resabios y a domarlo después de una sufrida paciencia, aunque a veces me despierta el crepitar de las llamas que arroja por boca y narices, porque se ha rebelado contra la jaula de mi conciencia donde trato de retenerlo.

Ahora me he quedado dormido de verdad y he perdido mi ascendiente sobre el dragón. Ya es muy tarde para avisar a las gentes el peligro que las acecha.

Delirium tremens

- Volvió el monstruo, señor.
- Mándalo a pasar.
- No cabe por la puerta.
- Entonces que se vaya.
- No se va mientras no entra.
- ¿Cómo, si no cabe?
- Imposible.
- Entonces saldrás tú, y todo arreglado.
- Tampoco quepo, señor, para salir: soy otro monstruo
suyo.
- ¿Mío? Si me vacuné contra ellos.
- Pero usted ha seguido bebiendo sin consideración.

ALIEX TRUJILLO

(Caibarién, Cuba)

Reside en Colombia. Profesor de la Universidad Central y de la Universidad Pedagógica Nacional. Cuenta con publicaciones literarias en la revista de minicuentos *e-Kuóreo* y en *Hojas Universitarias*.

Rescates puntuales¹

Tres puntos (A, B y C) son amigos. Al punto A lo encierran, sin explicación, en el interior de una circunferencia. Otro de los amigos, el punto B, lo ayuda. Entre ambos determinan con suficiencia una recta, que se hace cuerda en la circunferencia. Ahora el reo puede escapar por el segmento definido. Pero A y B quedan encerrados en la recta infinita que había hecho cuerda. Es el momento del punto C: gracias a él, determinan con suficiencia un plano geométrico ABC, que aumenta las posibilidades de movimiento. Para eso también son los amigos y la geometría.

¹ Tomado de la sección «Geometrías», de la revista *Ekúóreo*.

Los molinos

Contra los gigantes, el señor Q invoca frases herméticas y gestos, este es el primer intento genitivo. Pone en grave riesgo su vida, su integridad física, pero, el encantamiento demuestra que no necesita de la providencia para erguirse con un universo desolado y expuesto. El señor Q inventa, fabrica y selecciona su reto redentor, ahí donde se escurre lo irremediable.

Esta imagen se propagará en los próximos siglos de letras y lectores e imágenes.

HAROLD KREMER

(Buga, 1955)

Vive en Cali. Profesor de la Universidad del Valle y cofundador, en 1980, de *Ekuóreo*, la primera revista hispanoamericana de minicuento. Investigador del cuento como género. Cuenta con varias publicaciones de libros de cuentos, así como *Los minicuentos de Ekuóreo* y *Colección de cuentos colombianos*, junto a Guillermo Bustamante Zamudio.

Punto muerto¹

En un cuadrado hay un joven punto. El punto no sabe dónde está, pero él cree que es el centro de todo, que todo se expande a partir de él. Gobierna a su antojo, y señala límites y castigos a sus súbditos. «Si me borran y desaparezco todo acabará: su existencia, sus sueños y placeres», dijo un día a otros puntos vasallos que lo alababan y lo adoraban como un Dios. Dos puntos, uno mago y otro alquimista, descubrieron que se encontraban atrapados dentro de un cuadrado y que, más allá, había muchos más cuadrados, polígonos y circunferencias, incluso más grandes y poderosas de las que ellos vivían. «Sin embargo, es vasto el cuadrado en que nos encontramos», le dijeron. «Nunca lograremos llegar a sus límites, nunca entenderemos qué somos».

El joven punto, obstinado y colérico, decidió enviar ejércitos a los cuatro vértices con la orden de levantar un mapa del imperio. Ninguno de los ejércitos volvió. Decidió emprender al mando de un nuevo ejército la ruta del norte, pero los puntos se fueron apagando y desaparecieron borrados por el tiempo. Solitario y ya difuso, decidió retornar sin lograr encontrar el camino. A punto de desaparecer, maldijo al mago, a los alquimistas y a todos los que con sus teorías rompen el orden del cuadrado.

Y se fue apagando hasta que el cuadrado quedó vacío y sin puntos.

¹ Tomado de la serie «Geométricas», de la revista *Ekuóreo*.

El sueño¹

—Señor, ¿está dormido o despierto?

—Dormido, Sancho.

—¿Y cómo lo sabe?

—Los caballeros andantes dormimos con un ojo y velamos con el otro. Por eso sé que estás despierto y que me estás mirando dormir.

—Y si es al revés: ¿el dormido soy yo y el despierto es usted?

—Eso no es posible, Sancho, porque el dueño del sueño soy yo.

—¿Y si entrara al sueño y lo forzara a salir?

—Entonces desaparecerías porque no sé si pueda volver a soñarte.

¹ Tomado de *Minificciones sobre Don Quijote*, 2020.

JUAN CARLOS CÉSPEDES ACOSTA

Poeta y escritor. De profesión abogado, columnista del diario *La Verdad* de Cartagena de Indias. Ha publicado varios poemarios.

La mujer de Lot

Ella vuelve los ojos, un hombre besa sus labios; en su cuerpo siente el alma de la piedra.

Lázaro

Todas las mañanas se levanta sabiendo que morir dos veces es demasiado para un hombre.

TRIUNFO ARCINIEGAS

Escritor colombiano nacido en Málaga. Magíster en Literatura (Pontificia Universidad Javeriana) y Especialista en Traducción (Universidad de Pamplona). Se dedica a la escritura, la fotografía y la pintura. Tiene una vasta obra publicada en narrativa y literatura infantil.

Hombre recién casado¹

Un hombre recién casado salió al jardín y demoró tanto que echó raíces, ramas, frutos. Cuando su mujer se asomó a la ventana para saber el motivo de la tardanza, ya era una anciana.

¹ Tomados de *Noticias de la niebla* (2002).

En tinta verde¹

El hombre terminó de escribir la tarjeta y sonrió ante la belleza y la precisión de las frases. Imaginó que la mujer sería muy feliz leyéndola. Saldría del baño con la toalla en la cabeza, descalza, sonaría el timbre y sin prisa se colgaría la bata para abrir la puerta: nunca tiene prisa, es bella. Sin duda, reconocería a primera vista los garabatos y la tinta verde, pero postergaría la lectura con el propósito del goce perfecto. O no, se quitaría la bata y así, desnuda como es ella, bebiéndose el café, leería la tarjeta una y otra vez, se reiría, sería muy feliz. Entonces, sin perder la sonrisa, el hombre destrozó la tarjeta y acercó un fósforo a uno de los pedacitos, que se encendió como el rostro de una muchacha avergonzada, para terminar consumiendo el pedacito contiguo, y todos se hicieron cenizas. Vio con toda precisión a la mujer metiéndose en la bata, triste, llorando, la tarjeta sin leer, el timbre sin sonar, el café sin tomar.

¹ Tomados de *Noticias de la niebla* (2002).

JUAN CARLOS MOYANO ORTIZ

Director teatral y escritor. Ha publicado libros de poesía, relatos, teatro y novela. Sus cuentos, poemas, crónicas periodísticas, ensayos y diversos artículos han sido publicados en varios suplementos literarios y revistas especializadas en Colombia, México y Cuba.

Accidente

Un escolar extendió en el piso su cuaderno de geografía. Lo miró tanto que terminó maravillándose ante la perfección de un mapa. Se hizo pequeñito y comenzó a caminar por el país que había dibujado.

Murió ahogado en un lago de tinta fresca.

Noel¹

Nació cadáver.

Envejeció y con los años, poco a poco, se le enderezó la columna vertebral, sanó del reumatismo y la piel se le fue templando en una sonrosada lisura.

Se acostó con bellas mujeres, triunfó en las apuestas hípicas, acertó el gordo en tres loterías y con habilidad postmatura ocupó importantes puestos en la administración de gobierno.

Sintió el amor entre las venas como una fría culebra que lo recorrió de pies a cabeza. Supo de las dichas de una amante niña, hasta cuando ella decidió abandonarlo: Siendo una mujer adulta y él un chico de pocos años.

Antes de volver al vientre materno y asumir la movimiento renacuaja de un espermatozoide y ser la dicha y los espasmos de dos enamorados, grabó en su diminuto instinto el sonido de los gemiditos amorosos de su madre.

¹ Tomado de *La pasión de las lunas*, 1980.

EVELIO ROSERO

(Bogotá, 1958)

Cursó estudios de Comunicación Social en la Universidad Externado de Colombia. En 2006, obtuvo, en Colombia, el Premio Nacional de Literatura, otorgado por el Ministerio de Cultura, y en 2007, con su novela *Los ejércitos*, obtiene el II Premio Tusquets Editores de Novela, con lo que alcanzó resonancia internacional. Ha sido traducido a doce idiomas y se ha alzado con el prestigioso Independent Foreign Fiction Prize (2009) en Reino Unido y el ALOA Prize (2011) en Dinamarca. Cuenta con publicaciones de cuento y poesía.

Cuento para matar un perro

El cuento está por escribirse. Alguien dice que su autor viajó a un distante país, donde existe un filántropo que enseña a hablar con los perros. Se piensa, también, que no es posible matar un perro de un solo cuento, que se necesita una serie larga de cuentos breves para mellar poco a poco la naturaleza soterrada que caracteriza a cada perro. Se afirma, de otra fuente, que el autor ya domina el lenguaje perro, pero no da con el cuento preciso: en este momento estudia la alternativa de un cuento trágico, para matar al perro de tristeza, o uno cómico, para matarlo de la risa. Duda también en elegir un cuento cómico-trágico: los dos sentimientos revueltos suelen ser un veneno fatal. De todos modos la principal preocupación del autor consiste en dar con un cuento certero que mate al perro sin que se dé cuenta. En todo esto se le pasa la vida al autor, y los perros, al verlo, caen muertos de la vergüenza.

Falta pan en el armario

Buscó a tientas, en el primer cajón. Nada encontró. Sus manos siguieron explorando cada sitio, cada posible secreto de latas vacías. No había pan. Regresó a la cama y miró durante mucho tiempo el techo, la ventana donde la tarde era un domingo incierto, oscureciendo. «No hay pan», pensó, y debió soñar (pero no soñó) que se comía las sábanas, que se comía la ventana y el domingo pedazo por pedazo, que él era un armario insondable por donde caían sigilosos las calles y edificios y ascensores, todo lo engullía despiadadamente, todo resbalaba silencioso hasta más allá de su hambre infinita, y todo lo habitaba por dentro, montañas y mares y gritos, no acababa nunca de llenarse, y se comió la tierra y la luna y solo acabó de reventar cuando pudo tragarse el universo —que era él: solo y hambriento.

NICOLÁS SUESCÚN

(1937-2017)

Escritor, traductor, profesor, periodista y diseñador gráfico. Tiene libros publicados en los géneros de cuento, novela y poesía. En 2012, el Distrito Capital de Bogotá le otorgó el Premio Vida y obra, por su aporte como artista a la capital colombiana.

N escribe una fábula: «El hombre y el río del tiempo». Una vez un hombre se sentó en la ribera de un río a esperar que se secara. El río no se secó, pero el hombre no murió de sed.

Moraleja: los modernos no podemos hacer fábulas a la antigua.¹

¹ Tomado de *Los cuadernos de N.*

El abdicante¹

Durante sus siete primeros años, como estaba destinado al poder, vivió sin ver la luz del sol, encerrado en un lugar sagrado, en el que los chamanes lo instruían en los secretos del universo y la naturaleza de los hombres.

Día tras día, aunque él no tenía un concepto claro del día y la noche, hicieron incubar en su cerebro una visión en clave del mundo y todas sus cosas, las plantas, las piedras, los animales y las estrellas.

A los siete años vio por primera vez la luz del sol, una flor viva, un perro, y el armonioso cuerpo de una bella mujer.

Pero como ese mundo era muy distinto al de los chamanes, empezó a forjar un plan. Y al llegar al poder en su mayoría de edad, abdicó y anunció a su sucesor, rompiendo una tradición milenaria, y le dijo a su pueblo que lo habían educado no para gobernarlo a él, sino tal vez a los hijos de los hijos de sus hijos, cuando se escondiera el sol y reinara una penumbra maloliente.

¹ Tomado de *Oniromanía*.

ESTEBAN DUBLÍN

(Bogotá, 1983)

Seudónimo literario de Daniel Ávila. Es publicista y autor de *Preludios, interludios y minificciones* (Adéer Lyinad, 2010). Sus textos han aparecido en diversas antologías y revistas. Mantiene el blog *Los cuentitos*.

Guardián¹

Aunque cueste creerlo, en medio de las figuras celestiales, existe un ángel que vela porque se respete el uso correcto de las palabras. Sin duda, su trabajo es arduo y basta conocer las labores que realiza para entender por qué. El ángel no sólo debe vigilar que la gente use correctamente la palabra desde la gramática, fonética u ortografía, sino que debe estar pendiente de que se honre el valor moral de cada vocablo. Cuando alguien viola alguna de estas normas, el ángel marca el «pecado» del mortal en el cielo y con la suma de fallas determina el futuro estado de su alma. Si alguien les echara un vistazo a las marcas del ángel, fácilmente se daría cuenta de que los publicistas están condenados al Limbo; los periodistas, al Purgatorio y los políticos, al Infierno.

¹ Tomado de revista *E-kuóreo*.

Mitología guambiana, Cauca II¹

Dicen que una llovizna cayó y la laguna Ñimpi se puso grande. Vino un derrumbe y de allí bajó una niña envuelta en un chumbe de colores. Como a los diez años sembraba plantas de oro y enseñó a cultivarlas; las cocinaba en canoas y en el fondo quedaba el oro en esferas que se derretían para hacer otras cosas. Por eso los antiguos podían amasar el oro.

¹ Tomado del blog *Los cuentitos*.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

(Santa Rosa de Osos, Antioquia, 1947)

Poeta, novelista y ensayista colombiano, calificado como el principal renovador de la poesía amorosa en Colombia. Perteneciente a la llamada Generación sin nombre. Premio Internacional de Poesía, en su edición número 15.

Comentarios reales 2¹

Si no existen los caballos, los reyes tampoco pueden existir. Es sencillo: nadie le cree a un rey que no tenga caballos. (En cambio, todo el mundo le cree a un caballo aunque no tenga rey: esto demuestra que son más necesarios los caballos que los reyes.) Aun en estos tiempos, un rey en motocicleta, o esquiando, será un rey, pero es un rey en vacaciones. Para reinar, los reyes necesitan a los caballos.

Todo esto lo sabía el rey Apolonio y llegó a angustiarse cuando descubrió que los caballos y las yeguas de su territorio no se reproducían. Se entregó con tanto ahínco al problema que aprendió el lenguaje equino y, conversando con una yegua, descubrió que todos los caballos de su reino eran antimonárquicos. Así, rápidamente, trajo a su reino caballos de dogmáticas creencias absolutistas y pudo salvar el régimen monárquico en sus tierras.

¹ Textos tomados de *La voz interior*, 2006.

Pentecostés 9¹

Ignacio y Hortensia, marido y mujer, son dos católicos practicantes y convencidos. Como tales, ambos tienen plena convicción de que los sacramentos son sagrados, cosa de Dios para regular la vida de los pecadores y señalarles el camino al cielo. Cuando se casaron, ambos sabían que contraían un compromiso solemne, hasta que la muerte los separara, que eran una sola carne, que se debían apoyo, compañía y respeto, que compartirían techo, lecho y mesa de por vida.

Un buen día Hortensia se da cuenta de la más cruel verdad: si continúa viviendo con Ignacio, lo va a odiar y se va a ir al infierno por no amar al prójimo, y no a cualquier prójimo, sino por no amar al prójimo al que juró amar. Se lo dice a Ignacio y él también se da cuenta de lo que podría pasar: odiaría a la mujer que antes amaba si ella lo llegara odiar. También son conscientes de que no pueden deshacer lo que Dios unió, que no está en sus manos romper un juramento sagrado.

Después de discutirlo sin ponerse de acuerdo, Hortensia decide abandonar a Ignacio. Ese día les cambia la vida a los dos. Ella enfrenta su conflicto religioso con la inmodificable decisión de no romper el vínculo, de purgar su falta sin divorciarse, pero sin odiar a Ignacio, más bien con afecto por él. Ignacio, que no tiene motivos para sentirse culpable, al fin y al cabo, no fue él quien rompió el matrimonio, se llena de remordimientos cuando, pocas semanas después del abandono de su mujer, se enamora de una compañera del coro donde canta.

¹ Textos tomados de *La voz interior*, 2006.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

(Aracataca, Colombia, 1927 - México D.F., 2014)

Escritor, guionista, editor y periodista colombiano. En 1982, recibió el Premio Nobel de Literatura. Es uno de los grandes maestros de la literatura universal. Es la figura fundamental del llamado *Boom* de la literatura hispanoamericana.

III¹

Es el drama del desencantado que se arrojó a la calle desde un décimo piso, y a medida que caía iba viendo a través de las ventanas la intimidad de sus vecinos, las pequeñas tragedias domésticas, los amores furtivos, los breves instantes de felicidad, cuyas noticias no habían llegado nunca hasta la escalera común, de modo que en el instante de reventarse contra el pavimento de la calle había cambiado por completo su concepción del mundo, y había llegado a la conclusión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa valía la pena de ser vivida.

¹ De *Los cinco cuentos cortos más bellos del mundo*, tomado de revista *E-kuóreo*.

ANTONIO COYOTES

Escritor. Activista social. Forma parte del colectivo literario Minificcionistas Pandémicos. Algunas de sus minificciones han sido publicadas en revistas y blogs literarios dentro y fuera del país.

Bague

El origen del cosmos y del universo para el pueblo Muisca se originó a partir de un grito de la Madre Creadora. Ella, arrepentida del poder transformador, ilimitado y absoluto que dio a los dioses y que posteriormente enseñaron a la humanidad, al presentir el caos y la autodestrucción, despertó de lo sublime de su sueño. Miró el desastre de su creación y en silencio apagó la hoguera de la VIDA.

Una cita con el psicólogo

Carolina entra asustada a la biblioteca de la escuela, los libros le recuerdan ese desagradable lugar de su casa en donde se apilan libros y pasa mucho tiempo su padre. El temor se intensifica cuando la maestra anuncia que Juanita tiene que salir para encontrarse con el psicólogo. Ella corre apresurada hacia Juanita y le susurra: ¿No te da tiempo, amiguita? Juanita le contesta: ¿Por qué habría de temer si me trata muy bien? Carolina le responde: Siempre que mi papá me dice que tengo que ver al psicólogo, me encierra en su biblioteca y me golpea con un látigo negro.

LUIS IGNACIO MUÑOZ

Escritor y profesor de literatura. Taller de escritores Universidad Central de Bogotá y Escuela de Poesía de Medellín. En el 2002 fundó el taller Letras Itinerantes en Zipaquirá. Ha publicado poemas y cuentos en importantes revistas nacionales e internacionales. Ha publicado poesía, cuento y minificción.

Los olvidados

En las bolsas de basura abandonadas en el caño, los muñecos desechados y mutilados, con dolor y esfuerzo han logrado hacer salir, en un angustiado gesto de auxilio, pedazos de piernas, nalgas rotas y hombros sin brazos. Hay alrededor suyo, regueros de suciedad y soledad. Su grito, aunque fuerte y dolorido no lo escuchan los despistados peatones cuando van por la calle.

Como prueba de gratitud

De común acuerdo decidieron abrirle la jaula a la joven torcaza (Juan la había atrapado muy pequeña en el monte cercano) Y al quedar libre emprendió vuelo hacia las ramas de los eucaliptos y desapareció. Los dos sintieron un extraño y enorme alivio porque algo del dolor del encierro se les contagiaba al mirarla todos los días. Desde entonces venía a visitar la casa y pasaba horas en los eucaliptos y las acacias. Hasta el día que los hombres armados vinieron una mañana a decirles que tenían que irse de aquella tierra que ya no les pertenecería más, no llevaron más que la ropa puesta y el deseo de irse lejos. Cuando la casa quedó sola y poco a poco fue quedando en ruinas, aún venía la vieja torcaza en las horas tranquilas a quedarse largo rato sobre el tejado roto y los adobes descascarados como si albergara un deseo secreto en cada visita.

RUBÉN DARÍO OTÁLVARO SEPÚLVEDA

Escritor, magíster en Literatura, especialista en diseño de textos, licenciado en Idiomas y Literatura. Profesor investigador en la Universidad de Córdoba. Ha publicado libros de poesía, ensayo y relatos.

Espejo¹

He trasladado la máquina de escribir a la habitación contigua, donde puedo verme en el espejo mientras escribo. Al anochecer, el fantasma de Balzac aparece justo detrás y me susurra al oído la historia de un escritor que descubre que sólo puede escribir viéndose en el espejo trabajar horas y horas, tomando café negro y fumando infatigablemente.

¹ Tomados de *Tempus fugit*.

Imágenes¹

Al final de su larga vida de lector lo que le sobrevive en la memoria son algunas vagas imágenes: un niño que toca un tambor y tras él van frenéticos fragmentos de vidrios, un joven flautista seguido por un ejército de hipnotizadas ratas, una bella que asciende al cielo impulsada por los tormentosos vientos del amor y un viejo muy delgado en un caballo flaco que recorre caminos imaginarios, perseguido por seducidos molinos de viento.

¹ Tomados de *Tempus fugit*.

ALEJANDRO CORTÉS

(Bogotá, 1977)

Ha publicado poesía y cuento. En 2006, participó en *El alma en un bolsillo*, una antología de nuevos poetas auspiciada por la Casa de Poesía Silva de Bogotá. En 2009 ganó el Concurso Nacional de Novela Corta de la Universidad Central, con la novela *Notas de inframundo*. En 2011 ganó el Concurso Nacional de Cuento de la Universidad Central, con el cuento *Él pinta monstruos de mar*, que le dio título a una antología publicada por la Universidad Central. Ha sido invitado a importantes eventos literarios del país.

Sol de diciembre

Me lancé a la calle esta mañana, y no era la misma calle. No sé si el tráfico, fluía más —tal vez, un poco— pero la sangre sí me corría con menos hielo que de costumbre. La luz sobre las latas de los carros, su procesión reptante de sombras sobre el pavimento, anunciaba la venida de un nuevo tiempo. La mañana, la luz, el deshielo. ¡De eso me hablaban mis abuelos! Llegó el sol de diciembre. Ellos, al igual que muchos que habitamos esta ciudad, entendemos ese brillo particular que el final del año le da a los días. Se empieza a sentir desde adentro, ese sol que evoca las vacaciones, los tardes de no hacer nada, las capitulaciones del año, los planes para el próximo, el juego previo a una noche de regalos, el comienzo de adviento y el regalo del tiempo para dedicarse a hacer lo que uno quiere y no lo que le toca.

Cuando llegaban las vacaciones del colegio, mi abuela me hablaba de ese sol que antes de salir por el oriente, ya nos ha calentado las venas. Todo parece más festivo. La calle, los carros, las casas. Ese sol sacudió la pátina turbia que los cubría. Miré el calendario. Lo confirmé. Era el primer día de diciembre. El quinto día de adviento. Se cumplía exactamente un año de la muerte de mi abuela. Ella decía que las penas se olvidan en noviembre y luego, vestía la casa de navidad. Yo celebraba su actitud festiva pero, navidad o no, lo que realmente me importaba era poder ver televisión, jugar en el parque y caminar por las calles del centro, que todavía me gustan tanto.

La sola evocación de la época cuando uno hacía lo que quería, basta para que la sangre se deshiele. Así lo sentían mi abuela, mi abuelo y algunos que nacimos en esta ciudad. La claridad de esta mañana conmemora el quinto día de adviento: la madrugada en que el sol de diciembre brilló con la luz del último de mis muertos.

Cuento con barbero

Sus clientes no necesitan leer este letrero pegado en el espejo de la barbería; simplemente, siguen y lo esperan, así sean más de las nueve. Imaginan a Juan Ignacio lavándose los pocos dientes que le quedan y moviendo con prisa sus pies cansados, para alcanzar el colectivo que pasa por las montañas de Choachí y lo lleva a la calle sexta con carrera quince, en Bogotá. Si el colectivo de las ocho va con el cupo lleno por secretarias, escolares, campesinos y gallinas, le toca esperar al de las ocho y treinta, y arrumar sus sesenta y tres años entre la puerta y el vidrio estampado con el Sagrado Corazón de Jesús. Juan Ignacio no tiembla ante los indigentes de la calle sexta, ni ante los ladrones de la carrera décima, ni ante los buseteros de la calle diecinueve.

Cruza el cilindro con listones azules y rojos de la entrada. El cliente que lo espera, duerme en la silla. Juan Ignacio se lava las manos, se pone la bata azul, prepara los paños calientes y cambia la cuchilla para la primera afeitada. El cliente se acomoda en la silla y lucha por mantenerse despierto. Cuando Juan Ignacio sostiene la cuchilla sobre un cuello ajeno, se acuerda del Parkinson, y tiembla.

HENRY FICHER

Narrador y minificcionista. Docente universitario. Ha publicado cuentos, crónicas y reseñas en importantes revistas y periódicos nacionales; además de revistas y antologías en los Estados Unidos y otros países. Forma parte del comité directivo de la revista *Ekúóreo*.

Los ácaros y sus clanes guerreros¹

Los ácaros son artrópodos infinitesimales, parientes lejanos de las arañas. De las miles de especies conocidas, varias son parásitas del ser humano.

Hay ácaros que se alimentan de la harina de nuestras despensas; otros viven en nuestras sábanas, colchones y almohadas, acechando escamas de piel, pelo, caspa.

El microscopio electrónico permite observar sus movimientos: los descubre casi siempre en grupos, semejan-do divisiones blindadas que avanzan en formación por paisajes sinuosos y áridos, como desiertos diminutos, en busca de objetivos enemigos.

Suelen atrincherarse en zanjas que excavan en nuestra dermis, en grupos de tres o cuatro, dejando ver sólo sus ínfimas antenas mientras montan guardia. Cuando arrecian las incursiones hostiles, construyen túneles de hasta tres niveles, como hacen los grupos guerrilleros cuando se enfrentan a fuerzas superiores.

Hay dos especies en permanente guerra territorial: los ácaros negros y los rojos. Sus cruentas batallas a veces nos producen un leve escozor.

¹ Tomado de *Historias plausibles*.

La consolación del arte¹

El presidiario está sentado en el frío piso de su celda, la espalda contra la pared. A su lado, un montón de libros de caballería.

—Género vano y fantasioso —dice para sí—. De nobles comienzos bretones, se ha convertido en una burla de sí mismo. Pero estos libros serán mi única distracción. Sólo con ellos podré ser libre.

Con su mano hábil, el hombre acerca papel, pluma y tintero a la lumbre y comienza a escribir.

¹ Tomado de *Fe de erratas* (2019).

GABRIEL PABÓN VILLAMIZAR

(Pamplona, Norte de Santander)

Escritor y docente e investigador universitario. Ha publicado varios libros de novelas y cuentos. Sus estudios están enfocados en los géneros del testimonio, la memoria, la biografía, la crónica periodística, el relato histórico y el cuento. Ganador del concurso de cuento Jorge Gaitán Durán 2017 con la obra *Música y delirios*.

La sal de Lot¹

No porque se hubiera vuelto una estatua de sal, Lot abandonó a la fisgona de su mujer en las afueras de Sodoma y Gomorra. Todo lo contrario, con el esmero que pudo, la llevó a cuestas hasta su hogar, y allí le destinó un lugar privilegiado en la cocina.

Dicen que cuando una pareja descendiente de la mujer de Lot contrae matrimonio, los recién casados adquieren el derecho de pellizcar la estatua y sazonar sus comidas con esa sal de ligero sabor a fuego, azufre y pecado.

El efecto afrodisíaco, aseguran, es incomparable.

¹ Tomado de *Re-versiones* (1999).

El descubrimiento¹

El escolar leía que Rodrigo de Triana, antes de aquel 12 de octubre, no pudiendo con su ansiedad, en las últimas noches solía esconderse en su camarote a gritar secretamente: «¡tierra, tierra!».

El escolar, fatigado de la lectura, alza su cara y ve que, desde el puesto de enfrente, la mujer que ama en silencio le dedica su primera sonrisa. Entonces se levanta apresurado, va al rincón más oscuro de la biblioteca, y se ovilla para gritar sin que nadie lo escuche: «¡cielo, cielo!».

¹ Tomado de *Re-versiones* (1999).

PLESIOSAURIO

Primera revista de ficción breve peruana

n.º 12

se terminó de editar
el 24 de diciembre de 2020,
Jr. Pablo Risso 351, Lima 30.

Un número dedicado al microrrelato colombiano no estaría completo, sin duda alguna, con la ausencia de sus exponentes. Recordemos que el circuito literario se forma principalmente de escritores, editores e investigadores. *Plesiosaurio. Primera revista de ficción breve peruana* se ubica, en esta trinidad, en el grupo de los editores; nuestras editoras invitadas, Gloria Ramírez y Geraudí González, forman parte del grupo de investigadores. Y los microrrelatistas escritores colombianos, ¿dónde podrían estar?

Rony Vásquez Guevara



Geraudí González (Venezuela). Escritora y docente venezolana. Licenciada en Educación por la Universidad de Carabobo y magíster en Lingüística por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador de Maracay. Investigadora en el área de la minificción y los estudios del discurso. Ha publicado microrrelatos y reseñas en diversos medios impresos y digitales. Es actriz de teatro.

Centro Peruano de Estudios
sobre Minificción

